

En las márgenes del Orinoco

Escribe: MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

El primero de agosto de 1498, durante su tercer viaje, avista Cristóbal Colón la gigante desembocadura de un río. En su *Diario* apunta que ha atravesado el *Golfo Triste*, sin apenas sospechar que se halla en las costas del Nuevo Mundo, y que esta es la boca principal del inmenso delta del Orinoco (1).

El gran río será descubierto por Vicente Yáñez Pinzón (1500), y recorrido en vía de exploración —treinta años después (1531-1532)— por Diego de Ordaz, en una extensión de cerca de 880 Kms., hasta más allá de la confluencia del Meta; todo para, sin embargo, “en desgracias, pérdida de gente y de embarcaciones” (2), pues lo han detenido los raudales y rápidos de Maipures, Atures y otros. Tres años más tarde, y con mayores bríos, intenta Alonso de Herrera nueva expedición, y penetra, río adentro, supera raudales furiosos, con amenaza de naufragios en cada escollo, hasta llegar a la boca del Meta; mas se acaba casi toda su gente por falta de alimentos y los ataques de los indios, y así “se retira tan perdido como Ordaz” (3). No menos infortunado es el viaje de Antonio Berrío, enviado por Quesada desde el Nuevo Reino: llega, es verdad, al Orinoco, mas pierde casi toda su gente y muere en la demanda (4).

El Orinoco se ha convertido en centro de resistencia contra la dominación española.

(1) Cfr. Joseph Gumilla, (S. J.). *El Orinoco ilustrado*, historia natural, civil y geográfica de este gran río, Bogotá, Editorial ABC, 1955, pág. 52.

(2) *Ibid.*

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*, pág. 53.

La fundación del pueblo de Santo Tomé de la Guayana, que no son sino chozas pajizas en la boca del Caroní (1595), es lo que da principio real a la colonización del río, la cual va a ser continuada, tras mil dificultades, durante los siglos XVII y XVIII por los misioneros franciscanos y jesuitas.

Vamos por hoy a detenernos con estos últimos, a oír de sus labios sucesos increíbles, a recorrer las márgenes del inmenso río, y a resucitar días heroicos.

El curso del río (2.500 Kms.)

Hoy se conoce a cabalidad su extensión, sus afluentes, productos, fauna, flora y habitantes, y se sabe que su cuenca, extendida por Colombia y Venezuela, alcanza unos 880.000 Kms.²; es el tercero de la América del Sur (5), el quinto del continente y uno de los más caudalosos del mundo. La derecha recibe noventa y cinco afluentes que le llevan los aportes de doscientos noventa subafluentes, y noventa y nueve por la izquierda que recogen los de unos doscientos treinta. A setenta kilómetros del Atlántico, donde desemboca “en forma impetuosa” (6), se abre el Orinoco en dos brazos, que constituyen los límites del conocido delta cuyo borde costero “destrozado en más de cincuenta bocas” (7) se explaya en unos trescientos setenta kilómetros de costas marítimas (8); sus bocas, escribe Coletti (9) “tienen 57 leguas de ancho”, y abarcan —según los datos más recientes— una extensión total de veintitrés mil kilómetros cuadrados, los cuales a su vez forman islas, bocas y caños (10), en un laberinto tal que, “después de exquisitas diligencias para averiguar el número puntual de las bocas del Orinoco, que con ellas se forman —añade Gumilla (11)— dí por inasequible el empeño”.

(5) Es “uno de los mayores de la América Meridional; escribe Coletti en 1771, *Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional* por Giandomenico Coletti, de la Compañía de Jesús, Venezia, Stamperia Coletti, 1771, s.v.

(6) Coletti, *o.c.*, t. II, pág. 268.

(7) Gumilla, *El Orinoco ilustrado*, pág. 51.

(8) “Ocupa ochenta leguas de costa”, *ibid.*

(9) *o.c.*, t. II, pág. 268.

(10) Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”, *Diccionario Geográfico de Colombia*, Bogotá, Ministerio de Hacienda y Crédito Público (1971), t. II, pág. 886 s.v.

(11) *o.c.*, pág. 57.

Hoy ya conocemos todo esto. Los jesuitas, empero, de los siglos XVII y XVIII, que en todas direcciones lo recorren y moran largo tiempo en sus riberas, no se contentan con el afán apostólico de las almas sino que despliegan sabiamente su inquietud científica por desentrañar en lo posible sus misterios y por buscar los orígenes, dejando constancia escrita de tales investigaciones.

Así unos, por la solicitud de averiguarlo, proponen —por ejemplo— que, “desde la ysla de Faxardo, que ttiene legua y media de largo y vn quartto de legua de ancho se podrán hazer las salidas hasta descubrir las caueseras del río Orínoco, que se ignora su nacimiento...” (12). Por su parte, Gaspar Poeck, jesuita alemán, abunda en lo mismo, y reconoce que “con toda seguridad se cuenta [el río] entre los más grandes del mundo. Desde la región sur corre por un espacio inmenso de millas: las aguas que lleva no difieren mucho del color del mar, y su nacimiento hasta hoy día [1684] permanece desconocido” (13). Y Gumilla cuenta, en una *Relación* de 1725, que la Compañía de Jesús, imposibilitada en su empeño de convertir la gran multitud de indios gentiles que habitan en todas las riberas de el Río Orinoco, debido a las invasiones de los caribes, que han sacrificado la vida de varios misioneros, determina “por montañas y despoblados, yrle a buscar sus primeros principios y origen para entablar allí las Misiones sin riesgo de los caribes...” (14).

Cierto es que Coletti, asimismo jesuita coloca arriesgadamente “sus verdaderos orígenes [del río]... cerca de las fuentes del río Caquetá, en la Prov. de Mocoa, en la gran cadena de montañas situadas al Oriente de los Pastos, a los 1º 21' de Lat. Norte” (15).

(12) P. José Gumilla, *Escritos varios*, Estudio preliminar y compilación del P. José del Rey, S.J., Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1970, pág. 139.

(13) Gaspar Poeck, S.J., *Misión del río Orinoco en el Nuevo Reyno*, en José del Rey Fajardo, S. J., *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1974, t. II, pág. 168.

(14) *Relación de la entrada a las Naciones Betoyes y su cristianización*, *Escritos varios*, pág. 194.

(15) *o.c.*, t. II, pág. 268.

Desafortunadamente la curiosidad científica de conocer con certidumbre la cabecera del río muere con ellos, y solo viene a realizarse dos siglos después, casi en nuestros días, cuando una expedición francovenezolana, comandada por el teniente coronel Franz Antonio Rísquez-Iribarren y el ingeniero francés Joseph Grelier la descubre en la sierra Parima (Venezuela), el 27 de noviembre de 1951 (16). Pero cuando aquellos misioneros navegaban en piraguas o canoas primitivas poco o nada se sabía y no los mueve otro ideal que el de *promover* a los indígenas y *dar testimonio* del Evangelio entre esas pobres gentes que “viven sin Rey, sin ley y sin Dios” (17).

Por eso han comenzado —para usar la expresión de uno de ellos— por “investigar sus espumas y registrar sus tierras” (18). Y así lo hacen, con las incomodidades de la navegación y viajes de antaño y la falta elemental de instrumentos. Pese a todo, elaboran cartas geográficas, mapillas y diseños, como los célebres de Gumilla (19), en los cuales aprovecha los de otros misioneros, complementados con la experiencia de sus propios viajes, de su observación personal y de su sabiduría (20), “aunque no sea con la curiosidad, y forma que practican los profesores de geometría” (21).

(16) Instituto Geográfico “Agustin Codazzi”, o. c., pág. 886; Cf. Joseph Grelier, *Aux sources de l'Orénoque* (La Table Ronde), Paris, 1954.

(17) *Carta del P. Gaspar Poeck, S. J.*, 1684, en José del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 169.

(18) Padre Juan Rivero de la Compañía de Jesús, *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956, pág. 44.

(19) Veáse José del Rey, S. J., *Estudio Preliminar* págs. LXXXVII-XCIV, a *Escritos varios* del P. José Gumilla.

(20) “y aviendo visto de espacio el original del plan que dicho gobernador remitió al Real Consejo volví a repetir mi viaje de espacio y con toda observación y refleja del qual viaje y observación resulta el diseño de Orinoco asta el río Caroní, que remito a Vuestra Señoría...”. De una carta del P. Gumilla al Gobernador y Capitán General, *ibid.*, pág. 152.

(21) *Ibid.*, pág. 144. Cf. pág. 149.

En los márgenes ardientes.

Los jesuitas que llegan al Orinoco palpan desde el primer momento el porvenir extraordinario que halaga a las Misiones para el bien de las almas. Piden a los superiores que envíen allí gente de autoridad y de aventajadas prendas (22).

Esta noticia incendia los ánimos de los hijos de la Compañía de Jesús, y es "como tocar alarma para hacer gente, queriendo muchos ser señalados de los superiores para tan apostólica empresa", escribe Rivero (23). Entre ellos un P. Francisco Ellauri, "anciano ya de más de 62 años" se ofrece "para ir a las soledades bárbaras e incultas de Santo Tomás de la Guayana" (24). Es aceptado, y lleva por compañero al P. Julián de Vergara, joven valenciano que acaba de llegar a Santafé (1662). Muy a principios, sin embargo, de su llegada a la Guayana, cae enfermo Ellauri y después de mes y medio, muere santamente (12 de febrero de 1665) (25).

El fracaso no los desalienta. Tres años más tarde se acomete por segunda vez la empresa. A dos más se confía tan difícil empresa, escribe Rivero, los cuales se embarcan en el puerto de Casanare el 16 de septiembre del año 1668 (26). Con ellos van soldados al mando de un cierto cabo español "de genio áspero, muy cerrado de juicio, nada práctico en los ríos... Tan escogido talento para perderlo todo...". Irritados los indios remeros o bogas, "y no pudiendo sufrir más su genio áspero y disparatados dictámenes", vuelcan de intento, al parecer, tres piraguas con el "pobre matalotaje de bizcocho como de 50 arrobas" que llevan los Padres, y huyen para internarse en la selva...

A duras penas logran llegar los viajeros a la Guayana el 13 de octubre, después de veintiséis días de navegación, para encontrar solo desolación y silencio, porque los habitantes se

(22) Cf. Rivero, *o. c.*, pág. 176.

(23) *Ibid.*

(24) *Ibid.*

(25) P. Pedro de Mercado, S. J., *Historia de la Provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús*, Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1957, pág. 472.

(26) *o. c.*, pág. 185.

han retirado como a tres leguas de distancia del Orinoco, escondidos entre lagunas y montes por miedo de los extranjeros [ingleses] y caribes. La guarnición, “a fuerza de las calenturas, hambres, desnudez y desdicha” más parece un “cementerio de esqueletos vivos u hospital de incurables...”. Y al poco mueren varios de ellos. Esto cuenta Rivero (27) y lo confirma un testigo, quien agrega que los misioneros andan con la sola ropa que bajaron de los Llanos, no pueden trabajar por falta de un rancho en qué dormir, los indios los invitan tierra adentro donde les prometen construir iglesia y casa. Ellos no se atreven a alejarse uno de otros cuarenta leguas o más, pensando que mañana los obligarán a abandonarlo todo... (28).

Y lo sabemos, porque estos hombres de Dios, refieren en sus cartas, como un desahogo espiritual, sus triunfos y sacrificios, para informar a los superiores, a los compañeros de fatigas, a los novicios que más tarde seguirán sus huellas o, en Europa, a los que anhelan venir al Nuevo Mundo, como el alemán Poeck que, en una carta cuenta sus aventuras y sufrimientos y añade: “esto, y aventuras semejantes no me atrevería a escribir, si no supiera y conociera la invicta virtud de alma... de los candidatos que se preparan para las dificultades de esta clase de trabajos..., porque sé que no se quebrantan, sino que se encienden más en esto...” (29).

Escriben, pues, con la impresionante sencillez de las obras grandes, en medio de obstáculos increíbles. “Mi estilo —dice Rivero en el prólogo a su Historia (30)—, es tosco y sin arte; sírvame de disculpa, sobre mi corta habilidad, el sitio donde se ha escrito, sobremanera incómodo: las riberas del río Meta han sido el taller en que se forjó esta obra. Aquí, las incomodidades de la casa en que vivo; el concurso de los indios con sus importunas demandas; las visitas de los indios gentiles Chiricoas, sobremanera vocingleros, y otros varios estorbos, que fuera largo referir, han sido el retiro que he tenido y la quietud que

(27) *Ibid.*, págs. 185-186.

(28) P. Julián de Vergara en una carta dirigida al Superior P. Cakero, conservada por Rivero, *o. c.*, págs. 186-188.

(29) J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 183.

(30) Pág. XIV.

se me ha dejado para semejante empresa. No es pequeño estorbo el poco uso de la lengua castellana que por acá se hace, pues con la necesidad de tratar a estas gentes en sus idiomas bárbaros, se beben insensiblemente sus modos tosquísimos de hablar, y se olvidan los propios. Pero lo que falta al estilo he procurado suplirlo y compensarlo con la verdad...".

El río

¿Y qué decir del río como tal, la anchura, las ciénagas, anegadizos y montes túpidos (31), las distancias, la insegura navegación, los remolinos, raudales y saltos, las embarcaciones endebles (32) para tantos peligros...? "El río Orinoco enfrente de dicho castillo [de Guayana] —escribe un misionero (33)— es tan ancho que no puede alcanzar a la otra banda ni un tiro de cañón...". Por no hacer mención del raudal de los Atures, por ejemplo, "donde el Orinoco irritado con los embarazos que encuentra para el libre corriente de sus aguas estrella todo su caudal en duros peñascos, y riscos, que componen este raudal, formando variedad de remolinos tan feroces que no llega curiara ni piragua que no traguen; y las corrientes de las aguas tan encontradas, que no (h)ay piloto que no pierda el color y el rumbo, por el manifiesto peligro en que en aquel puesto se considera de perder la vida" (34).

Este mismo raudal es, para el P. Roque Lubián, "un sitio que por su naturaleza estorva totalmente el passo a las embar-

(31) Juan Capuel, S. J., en José del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 307.

(32) "El mejor de estos bajeles, hacia la propa tenía de ancho media vara no cabal, y lo demás poco más de una tercia", cuenta de un viaje el P. Mateo Mimbela, S. J., en carta al Superior Diego Francisco Altamirano. Tráela Rivero, *o.c.*, 325 y añade unos renglones adelante: "...apenas habían andado un poco más de un cuarto de legua, resultó que por la impericia o descuido del piloto, la canoa en que iba el matalotaje se trastornó en una grande profundidad y se perdió lo que iba en ella... De lo que iba en aquella canoa [matalotaje, hachas, machetes, platos de peltre, un arcabuz], solo se pudo recoger una taleguita de maíz, una petaquilla en que iban los papeles del Padre Alonso, y un lio con su ropa...".

(33) *Ibid.*, pág. 308.

(34) Informe sobre la misión del Orinoco, 1739-1744, en José del Rey, *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 326.

caciones, puesta allí una mediana defenza, porque de noche es imposible passar por agua, ni arriua ni auajo, sin que se caiga en un precipicio formidable, por lo violento de las corrientes, entre peñascos y remolinos que se tragan las embarcaciones; de día solo un rumbo (h)ay y esse con los mismos peligros de tal suerte que es menester prácticos, de la misma tierra, que guíen y prevengan la embarcación para hallar passo, esto es, una violenta canal que se precipita en peñones en este sitio...” (35).

A este mismo propósito podríamos recordar la advertencia que hace Gumilla a los navegantes de esos lugares cuando refiere “que en los dichos remolinos han sucedido muchos naufragios; y yo me he dado por ahogado varias veces en ellos —dice—: porque por más que vire y aorce el piloto, llaman, y atraen de gran distancia los remolinos a las embarcaciones con tal violencia, que con subir en mi último viaje en un barco bueno, con mayor y trinque a viento recio, no obstante la gran fuerza de la vela, atrajo para sí un remolino al barco, y le hizo dar dos vueltas en redondo, con riesgo próximo de naufragar las dos veces que recibió el viento de proa: Dios nos favoreció en este aprieto; y el haber añadido fuerza de remo, al coger tercera vez el viento, nos libró del remolino (36).

De las barcas describe el mismo Gumilla, aun cuando apenas de paso, una de estas. En cierta ocasión, navegando el río Sarare “en vna embarcación vien débil, por componerse de vnos leños vnidos entre sí con ataduras, al reboouer vna ensenada de las que hazía el Río, dieron en vna arrebatada corriente, bolaba y zozobraba la embarcación con precipitada ligereza. Diéronse todos por perdidos, y más quando vieron que la barca iba ya a estrellarsse en vn tronco, sin caber en su yndustria el detenerla falttos de consejo de todos, ya no pensaban en otra cosa sino en salvar la vida, echáronse a nado al rrió y clamar al cielo, con eficazia a que les compelia el rriesgo...” Clamaron entonces a San Ignacio y de repente se vieron a orillas de una playa en un remanso de los que hacía el río... (37). En otra oportunidad

(35) *Dictamen del P. Roque Lubián de la Compañía de Jesús en la Junta de Guayana de 1743*, en José del Rey, S.J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 346.

(36) *El Orinoco ilustrado*, pág. 61.

(37) *Escritos varios*, págs. 225-226.

navega Mimbela con unos indios, cuando notan que el agua se va enredando en un laberinto de palos; sale el indio de nombre Onésimo y se sube a un árbol grueso de los de la orilla para descubrir desde allí la vía que deben tomar; el palo está carcomido, se quiebra y cae el indio sobre otros palos del río, dando gritos porque se ha herido el rostro, se ve además bañado todo en sangre, imposibilitado para moverse con grandísimos dolores... (38).

Devorando distancias

De Guayana, por ejemplo, a cualquier puesto de misión se emplean río arriba “lo menos diez días de buena navegación en tiempo de bela, y a remo de diez y ocho a veinte”, y de otra cualquiera parte de donde pueda venir algún socorro, doce, veinte o treinta de navegación (39).

Por otra parte, las misiones del Meta donde unos jesuitas catequizan distan de las de Casanare, de los mismos, “cinco o seis días de camino por tierra, y estas de Orinoco distan de uno y otro territorio más de veinte días al remo, agua arriba...” (40).

Oigamos, a propósito, cómo relata un misionero sus experiencias de viaje por este río, “que es muy caudaloso, y mayor que el Magdalena”. Es el jesuita Manuel Pérez quien, después de atravesarlo prosigue adelante “dando ya en tierra más alta”. “Pero a los ocho días —escribe el misionero— reconocí mucha dificultad en el camino, por sus malos pastos, y mucho más por no haber aguadas para las bestias, pues, por ser las que hay cabezas de ciénagas, atollan muchísimo, de manera que entrando a beber los caballos, se enterraban hasta las orejas, y era menester arrastrarlos para sacarlos, por lo cual se maltrataron tanto que se iban quedando en el camino por flacos y cansados”.

“Con este trabajo proseguimos nuestro viaje, caminando siempre por despoblados, sin encontrar en todo el camino sino dos indios chiricoas, que acaso iban a buscar qué comer...”

(38) J. Rivero, *o.c.*, pág. 326.

(39) Cf. Bernardo Rotella, S.J., en José del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 366.

(40) J. Gumilla, S. J., *Escritos varios*, pág. 318.

(41). Pero dejemos al padre en su viaje y sigamos nosotros con las misiones que oficialmente se denominan del Orinoco, campo de apostolado de la Compañía de Jesús allí, abarcan una extensión que, según la descripción de Fernández Peroche (42), "mirando al Leste [sic] se dilata hasta las bocas del Orinoco en el mar, por espacio de más de 150 leguas: Si al norte es casi otra tanta distancia a las Provincias de Barinas y Tucuyo: Si al Occidente lo más cercano son 100 leguas a las Misiones de los Llanos de Casanare, y Provincia de Santiago de las Atalayas: Si al mediodía se dilata hasta el afamado y caudaloso Río del Marañón, que de sus bocas a las de Orinoco se cuentan 30 leguas, y por tierra firme inclinándose al occidente se estiende hasta las cabeseras del Pery. Tierra incógnita, como se nombra en los mapas, todo lo qual con los trabajos de ocho misioneros, que en sus operaciones se exercitaron por tiempo de 18 años hasta morir en la demanda...".

Distancias e incomodidades se conjugan. A medida que van llegando misioneros arden más los deseos de ir a los indígenas, a realizar con heroísmo su *opción por los pobres*... Embárcanse llenos de ilusiones por el Casanare y el Meta, y después de la navegación de estos ríos, llegan al deseado Orinoco, visitan como da paso las primeras poblaciones con gozo natural para los indios; informándose muy por menudo de cuanto desean saber; recorren los sitios; trasegan sus márgenes; averiguan el gentío, toman lengua de los prácticos, notan la capacidad que en el Orinoco hay para las misiones, la variedad de naciones y lenguas y otras cosas importantes, y movidos no solo de lo que ven sino de las noticias que de esto tienen por voz común, quieren registrar por sí mismos lo que dicen los prácticos, sobre otras naciones retiradas del Orinoco arriba. Navegan en las piraguas contra la corriente del río, y a la fuerza del remo con bastante número de indios diestros en romper sus raudales, después de muchos días de navegación y trabajos, hallan que la capacidad es casi inmensa para muchas misiones... (43).

¡Realmente el mundo es estrecho para el celo de estos hombres de Dios!

(41) Carta al Provincial, P. Juan Martín Rubio en Rivero, o. c., págs. 288-9.

(42) José del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, págs. 193-194.

(43) Rivero, S. J., o. c., pág. 259.

En otra ocasión, el 28 de enero de 1681, zarpa de Cádiz una nueva expedición de jesuitas para el nuevo entable que premeditan en el Orinoco (44). Llegan a Cartagena dos meses más tarde, el 2 de abril. "Reparados y convalecidos del mareo", siguen "la derrota ordinaria que suele ser ya por tierra, ya por agua, hasta llegar al río de la Magdalena (por antonomasia el grande)"... Se embarcan en este hasta la villa de Mompós, y de aquí hasta Honda donde descansan algún tiempo, y prosiguen su viaje por vías "inaccesibles, tanto por la aspereza de la tierra y su altura, como por los muchos barriales que se encuentran a cada paso en el camino, los cuales vencen las mulas ejercitadas en ellos", hasta que, a vista de la Sabana de Bogotá, se explayan los ánimos... (45).

Una vez en Santafé, "ya quisieran los recién venidos —escribe Rivero (46)— volar, si les fuera posible, a sus amadas soledades de las misiones, objeto por el cual dejaron la Europa y se vinieron a las Indias, y más cuando oyeron las noticias que acerca del Orinoco había traído el Padre Ignacio Fiol; ecos que resonaron en sus oídos como los clarines en la guerra cuando tocan a la arma...". Poco después, en efecto, sale un grupo de misioneros "con el alborozo que se deja entender —comenta Rivero (47)— de espíritus tan fogozos, que nada deseaban más que la conversión de los gentiles, por la cual trocarían ellos los cetros y coronas del mundo". ¡Así se da testimonio! La "opción por los pobres" es tan antigua y auténtica como la Iglesia misma.

En las riberas inhóspitas.

Estas son, refiere un misionero (48), "húmedas en extremo cálidas, porque siendo muy bajas, las aguas continúan por las orillas, y estancándose en muchas lagunas y pantanos, humedecen la tierra y producen un destemple desapasible, al paso que la aglomeración de los árboles impide que los rayos del sol sequen la tierra". Hasta aquí esos parajes, diríamos, son conocidos casi los mismos en muchos lugares del trópico.

(44) *Ibid.*, pág. 260.

(45) *Ibid.*, págs. 260-261.

(46) *Ibid.*

(47) *Ibid.*

(48) J. Rivero, *o.c.*, págs. 44-45.

Pero hay algo más, desesperante y atroz como para estarlo sintiendo todavía, si bien es cierto que ahora existen preven- ciones de toda clase, en los mismos lugares que describe el je- suíta. Pues añade —y nos parece estar percibiéndolo— cómo “por esta causa son sin número las plagas y las varias especies de mosquitos, unos grandes y otros pequeños, pero crueles to- dos: cruz sin duda la más penosa y pesada de cuantas se hallan en esos sitios, porque no se encuentra defensa contra tan san- grientos enemigos, que a veces calan la ropa con sus trompe- tillas hasta sacar la sangre”.

Gumilla es más gráfico aún (49) —y no hacemos estas citas por complacencia morbosa de tales tormentos, sino para que los jóvenes comprendan lo que es *dar testimonio* de verdad. Cuenta, pues, el jesuita cómo “lo mismo es dejar el golfo y en- trar por Orinoco, o por cualquier otro río de tierra caliente, que entrar en una fiera batalla de varias clases, o especies de mos- quitos, que todos tiran a chupar la sangre, y algunos mucho más. Durante el día, pueblan el aire, se llena la cara y las ma- nos y cuanto hubiere descubierto, de mosquitos grandes, llama- dos *záncudos*, porque tienen las piernas largas y pintadas de blanco; con estos, persiguen al hombre otros ejércitos de mos- quitos, llamados *jejenes*, cuyo tamaño no llega al de un grano de pólvora de artillería; al mismo tiempo sobrevienen otros del tamaño de un grano de pólvora fina: llámanse *rodadores*, por- que luego que se llenan de sangre, no pudiendo sus alas susten- tar tanto peso, ruedan al suelo, y se pierden por golosos. Todas tres especies de mosquitos, fuera de la sangre que hurtan, dejan una comezón rabiosa, que al que se deja llevar del prurito de rascarse, le cuesta caro. Tolerable es la plaga dicha, porque por último, el pobre paciente se venga en parte, y mata muchos de aquellos enemigos, aunque acuden otros a millones, y con una rama en la mano, o un pañuelo, se ocupa en espantarlos...” Y así continúa presentando muchos insectos y sabandijas, que no solo roban la sangre sino también el sueño y el descanso tan necesario y apetecido después del trabajo del día.

Por eso los blancos duermen en hamacas hechas de mantas de algodón, que no valen contra los picos de los mosquitos. Al- gún alivio traen los toldillos. Los indígenas se untan en el cuer-

(49) *El Orinoco ilustrado*, págs. 322 s.

po ciertos unguentos de manteca o aceite con achiote molido, si bien algunos duermen en el suelo expuestos a todas las plagas, y viva quien viviere... Muchos se acostumbran a dormir con millones de mosquitos que van y vienen en bandada. "Con el tiempo ví —concluye Gumilla— que no hay trabajo a que no se acostumbre el cuerpo humano, porque conocí algunos padres misioneros que tenían la cara, frente y corona llena de dichos mosquitos, sin sentirlos ni poco ni mucho. Se hace duro de creer: pero realmente es cierto lo que digo, cómo es que la carne se enseñe a no sentir tantos y tan agudos agujijones. Eso es lo que dije, que ni entiendo ni percibo".

Mas, tornando a la narración de Rivero en el Orinoco, relataba antes lo de estas plagas, inaguantables ciertamente con el sopor del mediodía pero, al atardecer, continúa otro acompañamiento inseparable, que hacía falta, y ha de prolongarse hasta el amanecer. Lo refiere, no sin cierto gracejo, que llamaríamos trágico, sabiendo que este misionero español es un gran músico. "A esto se agrega —dice— la persecución de los sapos, ranas y otras sabandijas de agua, que quiebran la cabeza con sus porfiados gritos y descompasada música, en la cual se oye todo género de voces, tenores, tiples, bajos y contra-altos, función en la cual gastan toda la noche sin parar, como quien va de apuesta".

Más viva no puede ser la descripción en la cual, sin embargo, predomina el elemento auditivo, para desesperación de los nervios más templados, cuando el cansancio quiebra los cuerpos y necesita paz.

Pero no basta. Hacen falta las sorpresas visuales y táctiles: pues, al fin y al cabo, en medio de la oscuridad sin luces, en la sencilla choza improvisada, todo aquello "se pudiera tolerar, si no se añadiera otra plaga peor, para que no falte ninguna de cuántas hubo en Egipto, y son las culebras y otras sabandijas ponzoñosas, tan insolentes y porfiadas, que hasta a las casas se entran, y es menester andar a caza por las noches, registrando los rincones, donde suelen guarecerse, especialmente las culebras en tiempo de lluvia, y ponen la vida en tanta contingencia, que es infalible la muerte, por la actividad de su veneno si al ser picado no se acude con la contra..." (50).

(50) Sobre la cantidad y variedad de serpientes, puede verse Gumilla, *El Orinoco ilustrado*, págs. 312-321.

¿Qué podrá responderse al saludo mañanero al día siguiente?

—¿Qué tal noche?...

Matías de Tapia, jesuita criollo oriundo de Antioquia (51), conocedor personal de esos despoblados campos, los describe como "fértiles de peligrosos animales en sus ponzoñas, víboras, alacranes, culebras, sierpes, arañas, coyas, y la espesa y nunca bien encarecida plaga de mosquitos, gegenes [sic], rodadores, tábanos y congos; todos nocivos, no en menos abundancia en aquellas nunca pisadas tierras de racionales, que la enfadosa y peligrosa plaga de los sínifes [sic] en el Egipto, al sacudir aquella portentosa vara el polvo; pues es tanta la multitud de estos siempre incansables animalillos, para chupar con sus pequeñas fistubillas la sangre, que no habiendo para agotarlos, acuden, como atropellados enjambres, a la parte donde reconocen o movimiento o ruido, para lograr, siempre hambrientos y sedientos de sangre, el sacar esta de las venas, y comunicar su veneno a la que queda, excitando un prurito y una comezón que, al desasosiego, ni descansar ni dormir permiten, siempre infestos y siempre inagotables.

Y no solo fecundos estos campos de semejantes sabandijas, pero de otro número, sin número, de bichos ofensivos a la naturaleza viviente, como hormigas de muchas y distintas especies; abispas [sic], que con sus aguijones comunican tan activo veneno, que inflamando la parte lesa, se difunde por las venas y poros tanta inflamación y tanto dolor, que en los tumores emulan los más crecidos corrimientos y dolorosas apostemas, siendo en estas abispas diversas las especies, y más o menos activos los venenos, según las diferencias de sus cualidades, magnitud y colores; síguese a estas otra diversidad de abejas que fabrican panales y miel, pero algunas tan venenosas, agrias y desabridas, que a tener buen gusto y no ser conocidas de los naturales, mataran a los incautos que apeteciendo su dulzura gustaran su veneno. De estas, algunas son tan celosas de sus habitaciones, que siguen dos y tres mil pasos a los caminantes que se acerca-

(51) Nace en 1657, ingresa en la Compañía de Jesús en 1675 después de haber cursado los estudios de Filosofía en la Javeriana de Bogotá. Véase José del Rey, S. J., *Bio-bibliografía de los Jesuitas en la Venezuela Colonial*, Caracas, Universidad Católica "Andrés Bello", 1974, págs. 534-536.

ron a ellas, siempre procurando con las tenacillas de sus bocas dañar, mordiendo con un continuo susurro en que declaran el nativo furor de su naturaleza.

Otras hay que siguiendo con la misma rabiosa inclinación y celo, al morder con sus venenosos piquillos difunden una agua tan venenosa, de color de lejía tinta, que sirviendo de ardiente, encendido cáustico, antes de dos minutos levantan una ampolla, despegando de la carne el cutis, que reventada en agua dejan una bien dolorosa cicatriz.

Abundan también estos incultos parajes de rampantes fieras, como tigres de extraña ferocidad y grandeza, atrevidos por su robusta corpulencia, ligereza suma y descompasadas fuerzas al conflicto de cualquiera agigantado animal; leones, aunque no de la generosidad de los africanos, pero bastantemente atrevidos cuando la hambre o la necesidad los instimula; sierpes de indecible magnitud que llaman los naturales guños, cuya continua habitación y morada es en las lagunas, ciénegas y anegadizos, nada venenosas en sus garras y mordeduras, pero fatales para todo género de animales en sus fauces y extendidas gargantas, por donde sin estorbo (siendo algunas de más de sesenta pasos de longitud) engullen y tragan, sin estorbo ni trituración de bocados, ciervos enteros y terneros de año en la edad.

Lo dilatado de los campos en su llanura, con las aguas que manan de las sierras y las que nacen en su misma superficie, se forman anegadizos de cuatro y cinco y seis leguas, abriendo a trechos de su dilatación profundos caños y como acueductos, en que se abrigan estas sierpes y ejércitos de cocodrilos y caimanes, voraces fieras, fuera de otro número de peces de magnitud extraña y pececillos, que ya en sus bocas, ya en sus aletas, ya en sus extremidades se arman, para ofensa de las ajenas y defensa de las vidas propias, de unas aceradas espinas y agudas puntas, que esgrimiéndolas contra quien incauto llega a tocarlas, con extremada prontitud y destreza hieren, escondiendo toda la punta en los cuerpos que se les arrimaron, dejando tan envenenada la parte, que algunos causan desmayos, parálisis, fiebres y otros accidentes, y si no se les acude con remedio, inflamadas las heridas, se corrompen, acanceran y causan exiciales efectos.

Los campos, que libres de la concurrencia de estas aguas, dan seco paso en sus terruños, se logran en la mayor parte tan abundantes de hierbas espinosas, de matas aceradas por los

filos de sus hojas, que si no se resguardan con defensivos extremos, a cada paso dan una herida y a cada movimiento un rasgo..." (52).

Añadamos, pues no acaba aquí todo, un detalle más por el cual pasan estos hombres abnegados, venidos de Europa la mayor parte, aunque también hay criollos, y es "el destemple del ambiente [que] produce accidentes de muchas enfermedades, especialmente dolores en el cuerpo y en las entrañas, lo cual junto con las plagas dichas y los calores insufribles, hacen esa tierra inhabitable a todos, excepto a los nacidos y criados en él, y a los que abandonando las comodidades temporales, lo arrostran todo por la gloria de Dios, la exaltación de la fe católica y la conversión de los gentiles..." (53).

Vivir el peligro

Gaspar Poeck (Pöck, o Beck) es un jesuita alemán. Nace en Rottemburg am Neckar hacia 1648, ingresa en la Compañía de Jesús en 1662, y viene al Nuevo Reino en 1681 donde es destinado a la Misión del Orinoco. Desde allí escribe a los jesuitas alemanes, sus antiguos compañeros. Como europeo del norte, le llama inicialmente la atención el clima, los animales exóticos para él, siempre en las riberas del gran río. Los detalles que refiere, curiosos para un alemán de treinta años, son realísimos, sobre todo cuando han sido vividos en carne propia. Fácil es comprender con ello la virtud de estos hombres heroicos, que mueren sin vanos gritos de protesta: porque él, y los otros jesuitas que aparecerán en seguida, casi todos perecen a manos de los caribes cuando apenas llevan dos o tres años de apostolado entre los salvajes.

"En este rincón del mundo —escribe Poeck— es tal el estado del tiempo, que cuando a Europa la cubren las nieves y todo permanece rígido por el hielo, aquí por el ardor permanente del sol el calor es intolerable, y añadamos una gran sequedad que casi quema todo: el pasto en los campos, y las hojas en los árboles del bosque. No experimentamos algo más suave en tiempo de invierno, que en estas regiones no es otra cosa que calor

(52) *Mudo lamento...* En J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. I, págs. 173-180.

(53) J. Rivero, *o.c.*, pág. 45.

intensísimo sin el menor movimiento del aire; a veces, algo así como el sopor europeo, junto con una gran humedad que traen consigo continuas tempestades, tanto que uno podría creer que el cielo todo se va a caer, rotas las cataratas, principalmente en aquellos meses en que falta el r[eoso], por la abundancia de muchísimas aguas y las inundaciones con que sobrepasan todos los cauces, y aparecen unos pocos pececillos nadando en la inmensa vorágine.

Por esta misma razón las riberas del Orinoco no están pobladas de aldeas, porque el río inunda las costas en toda su extensión, tanto que todos los habitantes, para proteger la vida, se encaraman a los árboles. Pero en el mes de octubre, cuando descenden las aguas, pulula una gran cantidad de enfermedades contagiosas, en especial fiebres traídas por las exhalaciones. Aunque poco después, cuando se van del litoral, el clima es saludable: porque las sombras refrescan los rayos solares y de las fuentes manan abundosas aguas...”.

En seguida, prosigue el jesuita la descripción de aquello que sus ojos han visto, por primera vez en este mundo nuevo, y que le llama la atención por lo exótico o le impresiona por lo terrífico. Dice, pues, que hay aves “que son dóciles para imitar la voz humana, como los papagayos”, y le sorprende no encontrar a las orillas del gran río aves domésticas ni animales mansos. Y, al recordar el caballo, cita de memoria aquel célebre hexámetro de Virgilio, que no allí *quadripedante putrem sonitu quatit ungula campum* (no sacude el campo podrido el golpe de los cuatro cascos)...

En cambio, sí se ven por todas partes “tigres, leones, monos y cabras silvestres muy parecidas a los gamos del Tirol, para no decir nada de las culebras y serpientes que abundan no poco, de las que algunas resplandecen con escamas semejantes al oro, cuyo veneno es más peligroso que ninguno...” (54).

Quien esto escribe, ciertamente ha vivido el peligro y ha habitado sus riberas.

¿Y qué decir de otra amenaza fiera, los caníbales, que suben cada año contra la corriente, en gran número? “Se matan y agotan mutuamente, y la mayor parte de ellos, aun ahora, se

(54) *Ibid.*, pág 172.

hartan de carne humana"... Vienen, añade, como treinta naves llenas de indios armados... Cada año de los que he estado aquí, estos tales caribes han arrebatado más de 350 niños, porque me consta a mí, a una dura esclavitud..." (55).

He ahí el campo de labores de los misioneros católicos; "hata estas regiones y a las susodichas tribus, entramos cuatro sacerdotes de la Compañía de Jesús... Llegamos [el 31 de octubre de] el año de 1681" (56). Mas ya que hablamos del río, y conocemos en parte los peligros de entonces, y el misionero es un alemán recio y sufrido, oigamos de sus propios labios una arriesgada aventura, como tantas otras que pasan aquellos hombres de acero para *dar testimonio*. "Había determinado pasar al otro lado del río, llamado Cuboho por los habitantes (que no es menos ancho que el Danubio, cerca de Ingolstad) (57), con el objeto de recorrerlo y levantar allí los signos vencedores de la cruz, y promulgar la fe de Cristo.

Había escogido cinco de los habitantes conocedores del camino, prometiéndoles su paga, y llevábamos un hacha y cinco cuchillos; y he aquí que en una canoa, hecha de corteza de un árbol grande, habíamos atravesado el río, y los indios ya habían avanzado por tierra unos cuarenta estadios conmigo, cuando a la noche me abandonaron y salieron corriendo.

¿Qué podía hacer yo, sin conocer el camino, sin guía, sin alimentos, presa segura si no de los bárbaros, por lo menos de fieras, tigres, leones, etc.? Afortunadamente volví a tomar el camino, pues aunque estaba oscuro y con muchos atajos, me orienté por nuestras huellas recientes; y por fin, guiado por mi angel bueno llegué al primer río, pero no pude encontrar aquella canoa miserable. Así que, despojándome del vestido, volví a practicar aquella arte de nadar, que cuando estudiante en Rottemburg [am Neckar] había aprendido con ciertos palos, y logré ganar la otra ribera. Para vestirme me cubrí con hojas

(55) *Ibid.*, pág. 173.

(56) *Ibid.*, pág. 176.

(57) Alusión muy oportuna, pues esta carta que citamos está dirigida a los Jesuitas de su provincia de Germania Superior, ARSI, N.R. et Q., 15, fols. 71-78.

de árboles, y después de tres días, en el silencio de la noche y con la protección de Dios, entré de nuevo sano y salvo en Crisia..." (58).

A este propósito viene otro caso, lamentable por demás, y es el de un compañero de Poeck, asimismo alemán, el jesuita Cristóbal Rüedl. Había determinado este misionero visitar varios pueblos para anunciar la fe de Cristo, cuando al atravesar un río, de los afluentes del Orinoco, ("el mismo en que yo también estuve en peligro a la subida) y que tiene que ser atravesado en una canoa de corteza de árbol, [...] se inclinó, se llenó de agua, y se volteó, y al P. Cristóbal, que invocaba el nombre de Jesús, le dejó en el río; pero como no sabía nadar, no pudo luchar contra la corriente", y se ahogó (59). "Hemos, pues, perdido al Padre Cristóbal... Pero no digo perdimos sino que lo enviamos antes; y seguirlo nos tocará hoy o mañana, si no con igual fin, tal vez sí más cruel, me parece; porque son muchos los bárbaros que me amenazan crueldades..."

La narración pasa por alto cómo en una ocasión se mojan los ornamentos que llevan para la celebración de la eucaristía, de manera que se pudren, igual que los alimentos que llevan en una lancha, y solo añade que, "en este tiempo de navegación, han crecido tanto los escollos y remolinos del Orinoco con el descenso de las aguas que, aun a los que solo miran de lejos, sobrecogen de temor". Las aguas se estrellan con estrépito, hacen tumbos contra las rocas, aparecen escollos de repente que desorientan a los bogas, obligan a aliviar las barcas de su carga o a arrastrarlas con cuerdas. En todo caso, en la ocasión que va a referir, los bogas "cansados del trabajo y aterrorizados por los peligros, se negaron a seguir adelante —dice el misionero— y poco después se fugaron todos.

Así, privados de remos, de velas y de bogas, para los dos Padres —por que los otros dos se habían quedado más abajo— no había a la mano otra salida sino sacar la barca de la arena, si era posible, y si había oportunidad; porque la nave había encallado en un banco de arena por la inundación de una tremenda tempestad. Por eso andábamos por doquier los Padres

(58) *Ibid.*, págs. 177-178.

(59) *Ibid.*, pág. 178.

recorriendo todo el campo por encontrar hombres, pero fuera de las huellas de tigres y leones, no encontramos a nadie.

Al día siguiente regresaron algunos de los navegantes diciendo que Hyopa (debieron decir, el demonio) le había presagiado un gran mal si se iban dejándonos abandonados; pero más bien era para reducirnos a mayores miserias: puesto que cuando nosotros abandonamos el río y regresamos a los pueblos, los propios navegantes nos robaron la nave..." (60).

Quedan, pues, sin esperanza, a merced de lo incierto, entre esos bárbaros, y el cronista, de alma fuerte, deduce esta formidable conclusión: "Con esto... vivíamos en medio de estas tribus feroces donde, o hay que vencer, o hay que morir por la gloria de Dios.

Pero todavía quedan cosas mayores..." (61).

Hambre y Enfermedades.

A lo anterior debemos añadir, con Vicente Loverzo, otro jesuita, la malignidad del clima, cálido y húmedo, perjudicial a la salud y a los bastimentos, que se corrompen en breve. De ahí que sean "casi continuas las enfermedades, ya de agudísimos dolores de entrañas, ya de penosos reumas, y de otros achaques semejantes, de los cuales mueren no pocos" (62).

Y agrega: "el calor mezclado de humedad lo pudre todo en breve tiempo, ni hay lugar al comercio donde las malas condiciones atmosféricas corrompen los alimentos. Añádase la extrema carestía de viandas y vestidos, la infecundidad de los campos..." (63). Por otra parte, los frutos que producen los campos perezosos e incultos apenas extinguen el hambre de aquellos voraces habitantes.

"Ya va para tres meses —escribe el jesuita— que me falta lo necesario para mantener la vida, y me ha sucedido que tengo que caminar muchas leguas por ríos, pantanos y montes, descalzo, sin más prevención y matalotaje en mis peregrinaciones

(60) *Ibid.*, pág. 180.

(61) *Ibid.*

(62) J. Martínez Rubio, en José del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos* (I), pág. 154.

(63) *Ibid.*, págs 153-154.

que la Divina Providencia, sobre las innumerables plagas de mosquitos y otras sabandijas molestas, que no permiten dormir ni descansar.

En mis correrías —agrega—llegó la necesidad a tal extremo, que tuve por gran fortuna y regalo el mantenerme comiendo gusanos, ratones, hormigas y lagartijas, añadiéndose a estos trabajos las voces que corrieron entre los indios que me guiaban, es a saber, que estaban cerca de nosotros los caribes; ellos se escondieron entre las lagunas y pantanos para escapar a su fiereza, y de aquí se siguió que enfermaron y murieron algunos por la infección y hediondez de las aguas y la humedad, lo cual me hubiera ocurrido a mí si me hubiera dejado guiar por su dictamen. Estos quebrantos, y el *ser tan enfermo*, por lo húmedo del paraje en que vivo, me tienen muy achacoso y quebrantado de fuerzas. Cada día nos vemos en riesgos de los caribes, de quienes anda un ejército de más de dos mil bárbaros..." (64).

No falta, sin embargo, uno que otro consuelo material. En cierta ocasión es cazada una fiera silvestre, perseguida desde todas partes, que entra a todos los rincones menos a mi casa —refiere Poeck (65)—, pero logra escapar un poco y, escondiéndose entre los matorrales cerca del río, poco después es cogida por los muchachos que vienen corriendo a mi casa a escuchar la doctrina cristiana; de tal manera que tenemos entonces la oportunidad de alimentarnos con carne y terminar la abstinencia de casi un año.

Y no es todo aún. Faltan las incursiones de los caribes, de los tigres y de los animales venenosos (66). "Hay que añadir [todavía] a esto, escribe Martínez Rubio (67), la plaga de las pulgas que clavan el aguijón hasta formar úlcera, y la multitud de piojos y sabandijas, y de una cantidad de animalitos semejantes y pésimos sin nombre, que se comparan con los átomos..."

Y no se acaba ahí. *El Memorial* de Juan Fernández Peroche, S. J., fechado en Santafé el 24 de noviembre de 1687, trata entre otros de cierto puesto de misión, y dice que los Superiores envían a los Padres Antonio Monterdi [Monteverde] y Antonio

(64) *Ibid.*, pág. 155.

(65) *Ibid.*, pág. 189.

(66) *Ibid.*, pág. 154.

(67) *Ibid.*, pág. 154.

Castán a los indios sálivas, a orillas del caudaloso Meta, y que a una jornada de allí queda el Orinoco, donde dichos misioneros logran bautizar muchos indígenas en el espacio de un año, al cabo del cual mueren ambos jesuitas debido a “la braveza de las tierras nuevas, y suma necesidad de mantenimiento, pues se veían obligados a buscar un venado caminando a pie seis, y siete leguas para su sustento”, y añade que los indígenas temiendo algún castigo de los blancos por la muerte de los dichos misioneros se retiran a la otra banda. En sabiendo la noticia viaja el Padre Alonso de Neira desde Casanare con los Padres Martín de Bolea y Bernabé González, y sacan a los indios con cariño de las peñas y malezas donde se ocultan. Mas en ese ministerio enferman los Padres del Meta, y mueren, “quedando ahogado el Padre Martín de Bolea en el río Casanare, donde subió a curarse, y aviendo catequizado, y bautizado a muchos, enfermaron gravemente por cuya causa bajó el Padre Pedro de Ortega por orden de su superior al socorro de aquellos cristianos... (68).

Otro documento de 1742 completa detalles desconocidos e impresionantes para nuestra civilización de la abundancia y el derroche. Vistas las miserias y penalidades que padecen, determinan dar parte de sus trabajos, y agregan que “las necesidades son estas: la primera hallarnos, en estos desiertos, sin forma ni camino de poder adquirir una vara de género, aun del más vil y basto, para tapar nuestra desnudez y, si acaso por algún raro contingente, se halla alguna es a precio tan subido, que fuera menester muchos pesos para hacernos de bestir; la segunda es que, dado el caso que aun así nos pudiéramos mantener de bestido (que ciertamente no podemos), con todo eso no nos pudiéramos mantener de herramientas para nuestras labores, ni de resgates para pan y pescado entre los indios, como hasta aora no podemos conseguir nada de eso...” La tercera dicen que no hay mercado dónde expender los productos pues carecen de todo, que si hubiera posibilidad “vnos de nosotros pudieran vajar a la mar a traer sal —será negra— y hierro viejo... y... trajeran algunas ropas para bestirnos... y de esta manera podremos aguantar, vibir y poblar aquí en el Orinoco, que de otra suerte (Señor) es imposible poder perse-

(68) José del Rey, *Documentos jesuíticos*, II, pág. 191.

uerar..." A lo cual se agrega "el desconsuelo de vn poblado", el susto continuo de enemigos que tanto aterroriza a las familias... (69).

Gumilla en sus *Relaciones* de 1725 (70) habla de cuánto sufrieron los padres José Cavarte y Alonso de Neira "pues vivieron sin el comercio y comunicación de los españoles faltándoles enteramente los alimentos, casas y poblaciones, su vivienda vna cierta choza vaja y sin aliño, su alimento Raíces de Arboles, algún pez, pájaro o animal silvestre sin más condimento que el agua, porque carecen enteramente de la sal..." De ahí que en las instrucciones que dan los Provinciales a los misioneros se insista en que se cuiden mucho "de su salud, y caso que alguno enferme, le asistirá siempre el otro porque con su asistencia supla el cuidado que avía de aver de su salud en el colegio" (71).

Refiere el mismo Gumilla en la Vida del P. Juan Rivero cómo el P. Pedro Brander, casi recién llegado a las Misiones es atacado de un grave tabardillo, y cómo el Superior suyo, precisamente Rivero, acude a mirar por la salud del enfermo. "No ay en aquellos últimos ángulos de la Christiandad otro remedio, para estos achaques graves, sino recibir los Santos Sacramentos, y esperar la muerte..." (72).

Hemos de añadir todavía situaciones tan difíciles que estos hombres resisten a cada paso con valentía, así vean caer a sus compañeros en el camino. De Gumilla nos informa una relación de 1725 que, en una ocasión, entra a la isla de los pantanos, donde se han refugiado los Lolacas, "tan bárbaros en sus costumbres como encarnizados en sus vicios", y allí padece —son palabras textuales— "las incomodidades y trabajos que no caben en la pluma por lo arduo de los caminos, pues no pudiendo traginarse a caballo por la inmensidad de sus malesas, fue presiso caminar quinze o diez y seis jornadas tierra adentro, a

(69) *Ibid.*, págs. 364-365.

(70) *Escritos varios*, pág. 195.

(71) *Instrucciones y órdenes dadas por el Padre Provincial Rodrigo Bar para los Padres Andrés Ignacio y Alonso Fernández para la misión de la Guaiana donde son enbiados por la Santa obediencia en 4 de junio de 1646*. Cfr. José del Rey, S.J., *Documentos jesuíticos*, II, pág. 155.

(72) *Escritos varios*, pág. 45.

pie, con un bordón y su Breviario a ymitación de su devoto el grande apóstol de las Indias, por Ríos, pantanos, ciénagas de a media legua, y aun legua de trabecía, y lo demás de la montaña por sitio tan fragoso que solo a industria de dos peones que iban por delante, rozando la maleza con machetes daba paso para proseguir el viaje... (73). ¡Heroísmos a granel, por llevar a Cristo a los infieles! Y casi todos van cayendo en el frente.

Fiol, Pocck, Teobast, Loverzo.

El final, en efecto, de estos hombres es trágico según nuestra manera humana de ver, glorioso mirado con los ojos de la fe. Justo es, pues, ahora recordarlos, sabiendo que innumerables proezas quedaron —como dice Rivero (74)— “sepultadas en el olvido, en las arenas del Orinoco, porque la distancia y la falta de comunicación frecuente con las misiones de los Llanos, por sus dificultades especiales, nos privaron de las muchas noticias, que darían sin dar lustre a esta historia, si las tuviéramos...” Es un puñado de valientes que sacrifican su vida por Cristo, por la promoción del Evangelio.

Acerquémonos más a ellos. “A los dos de octubre, lunes de este año de mil y seiscientos y ochenta y cuatro —informa en una carta un jesuita testigo de los hechos— se aparecieron doce indios caribes (75) en el hato donde yo estaba, y haciéndoles yo varias preguntas acerca de La Guayana y del fin a que venían, me respondieron que La Guayana estaba en el estado en que yo la había dejado, y venían a comprar macos (76), quiripa (77) y otros trastes de indios. Durmieron aquella noche en el hato y por la mañana se fueron al río Dubarro, donde tenían siete piraguas.

(73) *Relación de la entrada a las Naciones Betoyes y su cristianización*, en José del Rey, S.J., *Documentos jesuíticos* (I), pág. 221.

(74) *o.c.*, pág. 262.

(75) “Gente indómita y bárbara, que se alimenta de carne humana”, Rivero, S.J., *o.c.*, pág. 264.

(76) *Macos*: ‘indios esclavos’ (J. M. Pacheco, *o. c.*, t. II pág. 413 n.).

(77) *Quiripa* son unas “sartas de cuentas muy menudas, que labran de cáscaras de caracol con gran primor” (J. Gumilla, S. J., *El Orinoco ilustrado*, pág. 92. Mercado, S. J., *o.c.*, t. II, págs. 291-292 explica la manufactura y uso de tales cuentas.

Juzgando yo que no vendrían más caribes, una hora después que se fueron los otros, estando para decir misa, vi venir corriendo como gamos ciento y setenta caribes armados de flechas, macanas, alfanjes, pistolas y escopetas con los gatillos levantados (78). Viéndolos venir de esta suerte saqué una medalla de San Francisco de Borja que traía al cuello, encomendeme a su patrocinio...

Entraron en tropel en la casa, pidieron asiento y yo les di de más a más cacao a los más principales indios, que serían diez (79): dijéronme que les diera quiripa si la tenía. Hícelo así, y entonces un indio principal de ellos en castellano dijo: *Mataremos, mataremos*. Otros caribes le respondieron en su lengua no sé qué y luego volviendo las espaldas se fueron hacia el río, unos pateando, otros haciendo punterías con las escopetas, otros haciendo visajes con ojos y manos, dando a entender el pesar que llevaban de no habernos muerto y robado el hato habiendo venido más de cien leguas con ese intento. No dudo obró en este caso un milagro nuestro glorioso padre San Francisco de Borja...

Salieron los caribes el martes del hato y el jueves llegaron a Catarubén, doctrina del padre Superior Ignacio Fiol. Dividióronse el viernes, quedáronse cuarenta caribes en la doctrina del padre superior, cuarenta fueron a Duma, doctrina del padre Ignacio Theobast, y cuarenta se partieron a Cusia, doctrina del padre Gaspar Bek. Unos indios quedaron en las piraguas y otros fueron a otros pueblos en donde no había padre.

Luego que llegaron los caribes a dichos pueblos, dijeron cómo solo venían a matar a los padres y que así ellos no temiesen. Todos los padres fueron luego avisados por los indios de sus doctrinas de la fatal nueva, si bien no la quisieron creer.

El sábado por la mañana mataron cruelmente los sacrílegos caribes con sus macanas, alfanjes y escopetas a los tres santos

(78) "La confusión en que se vieron entonces, tanto los indios de nuestras reducciones como los Padres, al correr la noticia, fue a medida del horror que tenían, y tienen todavía, a esta canalla bárbara, que hace ostentación de la crueldad", Rivero, S. J., *o.c.*, pág. 264.

(79) Cuenta Rivero, *o.c.*, pág. 265, que un vecino de esos sitios refería que, al servirles el cacao, el muchacho que lo repartía susurró al Padre al oído le diera licencia para mezclar con el chocolate una buena porción de solimán (veneno para los gusanos), cosa que el misionero no permitió de ninguna manera.

e inocentes padres... Después de muertos los arrastraron, robaron cuanto tenían, quemaron los brazos y piernas de los padres Bek y Tohebast y se los llevaron consigo... (80) (El cuerpo del P. Fiol apenas lo desnudan y lo dejan entero, "por no hallar en él materia a su voraz crueldad, por ser hombre de edad, y penitente") (81). También mataron a dos españoles y a un indio y se llevaron ocho piezas cristianas" [ornamentos]... (82), "robaron cinco cálices y patenas... para brindar en sus borracheras... y prendieron fuego a las iglesias y casas" y "sementeras con que se mantenían los Padres y los indios de las reducciones" (83), quedando sepultadas en sus cenizas las esperanzas de que se puedan reparar con brevedad los daños de tan notables ruinas, y la pérdida de nuestras misiones en el río Orinoco (84).

(80) "Para comérselos" (Juan Fernández Peroche, S. J., en J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 192).

(81) *Ibid.*

(82) De una carta del P. Julián de Vergara, S. J., "que se guardó en el archivo de Santafé" (Rivero, S. J., *o.c.*, pág. 265) y que en su Historia copia el P. Mercado, S. J., *o.c.*, t. II, págs. 394-395.

(83) Rivero, S. J., *o. c.*, pág. 264.

(84) *Ibid.*, pág. 266. Ignacio Fiol, natural de Mallorca (1629), entra en la Compañía de Jesús a los 23 años de edad, graduado ya de doctor en la ciudad de Granada. Es ordenado de sacerdote y ejercita su celo apostólico en los hospitales, cárceles y misiones rurales (Mercado, S. J., *o.c.*, t. II, págs. 396-397), por espacio de veinte años en Aragón, Cataluña, Mallorca y Minorca. Publica, además, un libro (Génova, 1678) y traduce otro al mallorquín (Mallorca, 1670). Solo en 1678 se cumplen sus deseos de venir a las misiones de las Indias, donde será destinado al Orinoco. Véase Rivero, S. J., *o.c.*, págs. 269-277.

Gaspar Beck (o Pock, o Poeck, o Bech) nace en la alta Alemania, donde trabaja apostólicamente entre los herejes. Pero desea dedicarse a los indígenas. Llega a Santafé, trayendo en su humilde equipaje nada más que una gramática española para aprender la lengua. Pide a los superiores le destinen al Orinoco, a donde viaja con otro insigne alemán como compañero, el P. Cristóbal Radiel (o Rudel, Riedel, Riedl, Rueld) quien poco después (1684) morirá ahogado en el río Chuena (Mercado, S. J., *o.c.*, págs. 397-398).

Ignacio Toebast (o Toebaest), flamenco, natural de Gante (1648), es aventajado en humanidades, excelente "así en la latinidad y poesía como en las ciencias de artes y teología". Llegado a Santafé, le confían los superiores la enseñanza del latín en el colegio de San Bartolomé, mientras a su vez aprende la lengua española. Pero su ansia es ir a convertir la gentilidad, y para ello, junto con la nueva lengua estudia con intérpretes el lenguaje de los indios (Mercado), S. J., *o.c.*, t. II, pág. 398.

Luego que llega a sus oídos la tremenda nueva prepara el P. Julián de Vergara su camino del exilio. Le acompañan solo veinticuatro personas que puede recoger (85). Con ellas se ve obligado a esconderse en los montes y guados, para emprender a pie un largo viaje hacia los Llanos, viaje que va a durar “ciento y cinco días, los sesenta por tierra y los cuarenta y cinco por agua”, padeciendo como es de esperar muchos trabajos, por entre espinas, anegadizos, pantanos y ríos desiertos, con peligro repetido de ahogarse en el Meta, bajo continuos aguaceros, comiendo raíces amargas, sufriendo calenturas y dolores de “gota artética”, con que se pone tan flaco que realmente tiene “muy poca carne sobre los güesos” (86), hasta llegar, por fin, al puerto de Casanare el 22 de enero.

Responsables no son, sin embargo, todos los indígenas. No puede, por consiguiente, la Compañía de Jesús “dejar desamparadas las almas de aquellos infieles”. Así que, poco después (1691), vuelve a enviar otros cuatro misioneros que son, según la grafía de Martínez de Ripalda (87), los PP. Alonso de Neira, Joseph de Silba, Joseph Cabarte y Bizente Loberzo.

Reviviendo el peligro.

Comienza de nuevo la labor con los pobres. Dos años más tarde suben otra vez el Orinoco los caribes... La historia es esta.

El gobernador de los Llanos [José de Enciso], enemigo de los jesuitas, niega, por inquina (88), el sueldo a los soldados que custodian a los misioneros [“En la época del Orinoco y de los Llanos gobernaba entonces la provincia un hombre infame por la corrupción de sus costumbres y por su pública sed de dinero. A este hombre desvergonzado pareció que el desenfreno de su ambición era corregido por la vigilancia de los Padres: y no dejando piedra sin mover, se esforzó por medios lícitos e ilícitos, para que los Nuestros fueran sacados de allí y enviados

(85) Memorial del P. J. Martínez de Ripalda, S. J., al rey, 1701, en J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 220.

(86) Mercado, S. J., *o.c.*, t. II, págs. 395-396.

(87) *L. c.*, pág. 220.

(88) J. M. Pacheco, *o.c.*, t. II, pág. 426.

a otra parte...”] (89). Oprimidos de la necesidad y el hambre, abandonan aquellos a su capitán y huyen. No queda como escolta sino el capitán Tiburcio de Medina (90).

Sábenlo los caribes, quienes acaban de matar a los tres jesuitas. Envalentónalos la noticia. Vicente Loverzo, el misionero, queda prácticamente desprotegido. Giravera, caudillo de los caribes, ve la ocasión propicia, pero resuelve esperar.

Entretanto, Loverzo se prepara espiritualmente para cualquier emergencia haciendo los *Ejercicios Espirituales* de San Ignacio. Mas, para la confesión general de los pecados, debe arriesgar la vida por montes y caminos difíciles hasta dar con el confesor, en otro puesto de misión.

Súbitamente una orden de los superiores le llama a Santafé. Sale al punto en dirección de los Llanos. Le acompañará el capitán, quien de paso intenta componer unos asuntos de las misiones.

Llegan a un pueblo de los Adoles. Hallan las dos embarcaciones de los caribes, de que antes hablábamos. Estos traen una carta contrahecha y firmada por el gobernador de la Guayana. En ella se lee que Su Majestad admite por sus vasallos a todos los indios caribes y que estos pueden tratar y contratar con los españoles y demás naciones sujetas a España. Nada en la carta inspira recelo. El capitán trata a los mensajeros con toda familiaridad y confianza.

Asegurados los bárbaros, y descuidado Tiburcio de una posible traición, le acometen de repente con furor diabólico, y a los repetidos golpes de las macanas que le descargan sin cesar, le quitan la vida; pasan después a donde se ha acogido el P. Loverzo, arremeten a él con fiereza, y con la misma crueldad le deshacen el rostro y la cabeza con las macanas, con lo cual muere en breve; la misma inhumanidad ejecutan en una inocente niña,

(89) De una carta del P. Juan Martínez Rubio, S. J., en J. del Rey, S. J. *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 157.

(90) “Varios acontecimientos nos han hecho los caribes —escribe Gumilla en una carta (*Escritos varios*, pág. 172)— ...El modo de vivir es con centinelas y continuo riesgo de que de noche nos quemén a todos, si bien por ser muy corta la escolta que tenía fray Andrés López, religioso franciscano, día 29 de este septiembre pasado [1735] fue acometido de los caribes de día claro...

hija del capitán, y con otro muchacho de la familia, a quienes despedazan... Hecho lo cual, cortan los brazos al niño para sus fiestas, amarran luego con cordeles a los difuntos por el cuello y los pies y, arrojándolos al río, los llevan a remolque por el agua hasta la otra banda del Orinoco a unas peñas en cuyos huecos los precipitan y se vuelven tan contentos al pueblo... (91).

Pero el martirio alienta a los jesuitas. A raíz precisamente de la muerte del Padre —escribe uno de los misioneros— “toda la región de los Llanos y del Orinoco se rebeló sacudida largo tiempo por el miedo, pero la Compañía, fortalecida por la serenidad de que disfrutaban los mártires, ha abierto recientemente otro camino por el continente y se esforzó por emprender otra noble hazaña” (92).

Todo esto, naturalmente, afecta a aquellos pobres misioneros, aislados del concurso humano de la civilización, hombres que sienten como cualquiera, si no más, la ruina de sus trabajos en la promoción desinteresada de la fe y la pérdida de sus compañeros de fatiga.

Antes, en efecto, han muerto “a violencia de trabajos y de hambre —escribe Gumilla (93)— el padre Francisco Figueroa y Francisco Castán”, y ahogado “los padres Cristóbal Riadel y su compañero el padre Martín Bolea”. De Castán y Antonio Monteverde aun se ha llegado a sospechar si los sálivas los envenenan (94). Carlos Francisco Panigati, otro jesuita, enfer-

(91) Rivero, S. J., *o.c.*, págs. 302-304. Loverzo nace en Sicilia (1659). Desde muy joven se aplican sus padres al estudio de las humanidades y a la jurisprudencia, a cuya profesión se dedica muchos años en la corte de Palermo. Estando en este ejercicio entra en la Compañía de Jesús (1680). Pasa al Nuevo Reino en la expedición de 1690 llegando a Cartagena en mayo del mismo año. Sigue luego por el río grande de la Magdalena emprende una prolija y molestísima navegación, quedándose muchas noches en la canoa, expuesto a los enjambres de mosquitos... En noviembre del siguiente se embarca en el río Casanare para iniciar una vez más el intento de arraigarse en el Orinoco.

(92) Juan Martínez Rubio, S. J., en J. del Rey, *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 165.

(93) *El Orinoco ilustrado*, pág. 63.

(94) J. del Rey, S. J., *Bio-bibliografía*, pág. 129 n. (7) y pág. 391 n. (12).

ma “del pessar de la pérdida de las Misiones y otros accidentes de destemples y necesidades” y muere —son palabras de su superior religioso (95) —“de dolor de ver destruida la misión”. Pero cae, como todos los misioneros, en su puesto de avanzada, “administrando los sacramentos a los soldados del presidio [cuartel] de Carichana, que es de mal temple, y falto de lo necesario a la vida humana” (96). Y así acaba Francisco Ubierna, ambos en breve tiempo, “no sé si a impulsos de la necesidad —escribe Rivero (97)— o del rigor de aquellos temperamentos, y así también Bernabé González, cartagenero, de apenas 34 años de edad, y otros innumerables que, o mueren en la vanguardia, o regresan con la salud destrozada por la gloria de Dios.

Aquí, en las misiones, escribe Juan Martínez Rubio (98) en 1693, no hay que sentarse a una mesa preparada, como en un refectorio, ni hay que esperar banquetes opíparos es preciso que todo respire dolor y trabajo. No sin haber antes deliberado en mi ánimo sobre estas cosas, vine a estas regiones desiertas; por eso, nada me ha sucedido hasta ahora que yo no hubiese esperado.

Vicente Loverzo, por su parte, alude a otra dificultad no menos atormentadora. La comunicación de los padres entre sí, “que suele ser de no poco consuelo”, es necesariamente pobre porque “o es estorbada, o se demora muchísimo”: “yo me hallo en esta soledad sin el consuelo de mis compañeros, a causa de la mucha distancia de leguas, y de la dificultad de tres ríos intermedios, que me impiden el paso para trasladarlos...” (99).

Añadamos a esto el natural desánimo, desde el punto de vista meramente humano, al verse “sin defensa, sin esperanza y llenos de trabajos, e imposibilitado el fruto a cuyo fin se dirigían, porque ya poco a poco se escusaban de todas las acciones conducentes a la cristiandad, y a la conversión; advertían del

(95) Memorial del P. Juan Fernández Peroche, S. J., en J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 192.

(96) Pedro Calderón, S. J., en carta al rey, en J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. II, pág. 210.

(97) *o.c.*, pág. 266.

(98) En J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 153.

(99) *Ibid.*, pág. 155.

todo inútiles sus empeños, ilusorios sus trabajos y sin esperanza alguna de lograr el deseado fin de sus fatigas" (100). Pues bien, estas dificultades, y el dolor de la muerte de los compañeros, solo podrá explicarlos quien sabe sentirlos, y solo sabrá sentirlos quien sabe hacer aprecio de las almas redimidas con infinito precio (101).

Anécdotas brillantes.

Valientemente divertidas no faltan, pese a las tremendas dificultades que tienen que vencer los misioneros. Es el año 1717. Los indios Lolacas "tan bárbaros en sus costumbres como encarnizados en sus vicios" se han retirado de tiempo atrás a una isla "casi inhabitable por sus muchos pantanos, y casi inaccesible por las circumvecinas ciénegas". A esta isla de los Pantanos entra el jesuita, "padeziendo las incomodidades y trabajos que no caben en la pluma por lo arduo de los caminos", ya que no puede siquiera trajinarse a caballo por la inmensidad de las malezas, y han menester caminar quince o dieciséis jornadas tierra adentro, a pie con un bordón y el breviario para rezar, "por ríos, pantanos, ciénegas de a media legua, y aun legua de trabecía, y lo demás de la montaña por sitio tan fragoso que solo a industria de dos peones que van por delante, rozando la maleza con machetes, da paso para proseguir el viaje".

Llega al primer pueblo. Turbación general de los indios que se creen seguros y aislados. La reacción natural es echar mano a las armas, o retirarse despavoridos. Mas el Padre con extraordinario cariño, les habla en el dialecto de estos bárbaros. Por el momento se apaciguan. No obstante, muchos niños y mujeres se retiran a los bosques. Un muchacho revela al misionero dónde se han ocultado, y allá se dirige el jesuita. Les habla en su lengua, los agasaja, hasta que se acercan sin recelo y terminan en familiar conversación. Los persuade y regresa con ellos al pueblo. Un buen anciano le sale al camino con una barqueta llena de los regalos que ellos estiman mucho, y es un considerable número con que dan la señal de acometer. Pónen-

(100) Matías de Tapia, S. J., *Mudo lamento*, en J. del Rey, *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 183.

(101) *Ibid.*, pág. 185.

se los bárbaros en orden, armados con arcos y saetas, en mucho concierto y disciplina, al compás de pífanos y atambores, a vista de los soldados españoles, que no son más de setenta.

Resueltos a defender la vida salen a campo raso los hispanos, capitaneados esta vez por el misionero. Este los forma en media luna, "con orden de tener abocadas a tierra sus armas, sin ofender a nadie", a no ser para defenderse. Gumilla se planta peligrosamente en medio de los dos escuadrones careados (102). Un gandul en ese instante, mezo de pocos años llamado Balivasi, capitán soberbio y valeroso, deja su escuadrón, parte con toda ligereza y se le encara al Padre con el arco tirante y la flecha tendida sobre él, y vibrándola con tanta prisa y horribles ademanes, que basta a poner horror. De esta suerte, y en actitud de quien dispara tira con violencia de la cuerda y le apunta al pecho. Párase el indio, y mira con atención al rostro del Padre y observa si muestra cobardía. Este, esforzando cuanto puede la voz, le da un formidable grito, y le echa al mismo tiempo la mano para arrancarle la melena, "no para ofenderle sino para mostrar valor", para que desista de su intento (103). Por más ligereza, empero, que muestra el Padre, mayor la tiene Balivasi, quien se desprende de sus brazos y parte a su puesto. Sin embargo, vuelve segunda vez el indio, "haciendo los mismos ademanes, que basta a poner horror. De esta suerte, y en actitud saeta, para muy atento mirándole los ojos para conocer en ellos si flaquea. Reacciona el Padre lo mismo que antes, y el capitán corre a los suyos. Repítase la escaramuza del bárbaro tres y cuatro y cinco veces, con idénticas reacciones de Gumilla, hasta que el español, viendo que ya basta "de experiencias tan pesadas", se les acerca y les predica delicadamente, insistiendo en que viene en son de paz y de evangelio. Con esto logra detenerlos, hacen acuerdo común, y acaban por abrazarse... (104).

Aprendiendo lenguas.

El asombro más común de estos pueblos, y aliciente a la vez, es ver que un blanco les habla en la lengua propia de cada tribu.

(102) J. Gumilla, *Escritos varios*, págs. 220-223.

(103) *Ibid.*, págs. 223-224.

(104) Págs. 376-378.

“Es vn hechizo para estos gentiles —dice la *Relación* de un misionero— hablarlos en su propio ydioma y se agradan nottablemente el verlo como honrrado en boca de los españoles, y mucho más en los Padres que los asisten, y lo que más cerca su zelo es poderles hablar en su lenguaje...” (105). Y en otro lugar añade que en una cosa debe hacer reflexión, y es “en la piedra de toque de los Missioneros de indios: quiero decir, en el duro estudio de aquellos lenguages agrestes, tan necesario que sin él, solo será el Missionero un bulto animado; mejor diré, un estorbo impertinente en las Misiones... ¿Y cómo predicará el que no sabe el idioma del auditorio?...” (106). Bien comprenden esto los Padres, quienes no bien llegan de Europa, o a su turno los criollos antes de marchar al campo apostólico, se consagran a aprender lenguas indígenas, con aprovechamiento que no sospecháramos de no tener pruebas al canto.

De Rivero, por ejemplo, cuenta Gumilla (107), que primero hubo de hacerse “párvulo y balbuciente” para aprender nuevas lenguas. No todos, por desgracia, tienen capacidad de captarlas y dominarlas. Rivero, en cambio, con el fervor del nuevo apóstol, reconoce primero que todo la necesidad de este instrumento fundamental, y se aplica desde luego “a estudiar (cosa rara) a un mismo tiempo dos lenguages diferentes; porque la mayor parte de aquella Misión habla lengua *Ayrica* gutural, y por sus muchas consonantes difícil de pronunciar”. De esta toma por maestro a Pedro Guitarra, indio, fiscal de la doctrina, que sabe bien la española. Lo restante del gentío habla “lengua *Jirara*, pero dividida en dos dialectos, que la buelven bien desemejante a sí misma: tanto, que en boca de la Capitanía de *Araucas* casi parece otra de la que habla la Capitanía de los *Eles*; pero ella es una, y derivada de la lengua *Betoyana*”. De esta lengua (digámoslo así) tripartita toma el Padre Juan por maestro a un misionero, que dista de allí siete leguas. Del fiscal toma lección mañana y tarde y la encomienda a la memoria.

Luego explica la manera de aprender. Todos los jueves, sin falta, va donde el misionero vecino a recibir la lección del *Jirara*, hasta que la capta bien; después ya envía composiciones que el

(105) J. Gumilla, *Escritos varios*, pág. 211.

(106) *Ibid.*, pág. 42.

(107) *Escritos varios*, págs. 37-43.

maestro devuelve corregidas, añadiendo cartas con otras frases y modismos, de todo lo cual hace Rivero un libro en que construye y más se adiestra cada día...

Mas no basta. Con el mismo tesón infatigable con que se ha dedicado a esas lenguas, aplícase también “en *Meta* al estudio de la lengua *Achagua*, tanto que, al ajustar el primer año”, explica en ella ya la Doctrina Cristiana, y predica y ejerce todos los ministerios con entera satisfacción de los Superiores. Del mismo modo se aplica después “al estudio de la lengua *Sáliva*, la más difícil de nuestras Misiones, por ser language que se debe llamar *Narigal*, a distinción de los que llamamos *Guturales*, como son la *Ayríca* y la *Situfa*; porque si estas ahogan la articulación en el fondo de la garganta, la *Sáliva* arroja, y mejor diré, confunde la mayor parte de sus syllabas, dentro de las narices de aquella amabilísima gente, la más dócil, mansa y tratable de las descubiertas en aquellos Ríos y Bosques...”. Todavía más. “Después de esta, y aun casi al mismo tiempo, se empeñó el Padre Juan en el estudio de las lenguas *Guajiva* y *Chiricoa*, en que hacía ya gran progresso, quando la embidia, y la inconstancia y genio andariego de aquellas dos naciones destruyó en breves días aquellas Reducciones...” (108).

Igual cosa podría afirmarse de casi cada misionero, a base de celo apostólico, de fe, de ingenio, industria y cuidado. Gumilla se perfecciona tanto en dialectos indígenas que pronto puede predicar y enseñar en ellos, y hacer Vocabulario y notas pensando en los sucesores (109).

“Ardua tarea fue para mí en la primera entrada —relata Martínez Rubio, S. J.— aprender tantos géneros de lenguas, pero ayudándome la Gracia del Espíritu Santo, después de seis meses las aprendí de tal manera que salí verdadero doctor”. Y añade un poco más adelante: “con la Divina Gracia parece que puedo aprender dos lenguas por año...” (110). Por su parte el jesuita italiano José Dadey, no bien llega a Santafé se aplica “con extraño fervor y valentía a todo género de ministerios sagrados, y con mucha especialidad al ministerio de los indios”,

(108) *Ibid.*

(109) *Ibid.*, pág. 211.

(110) J. del Rey, S. J., *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 152.

cuya lengua aprende “con el inmenso trabajo que se deja comprender, por no haber hallado cosa alguna escrita en ella, ni directorio”. Y lo aprende “con tan eminente propiedad y elegancia”, que causa admiración a los mismos indios, ganándose con eso su voluntad (111).

“Todo el provecho de estas misiones, permitiéndolo Dios —añade el Padre Diego Francisco Altamirano (112)—, pende totalmente de que el operario de Cristo trabaje la viña del Señor, con la cooperación del brazo de sus propios méritos...”.

Del eminente Alonso de Neira, “castellano viejo y fervorósimo misionero” quien pasó entre los indios más de cuarenta años, refiere Martínez Rubio (113) que “tradujo en lengua achagua y sáliva (la Doctrina cristiana); y siendo costumbre en nuestras misiones el enseñarles la doctrina por la mañana en lengua española, para que cuando la sepan, sepan también la doctrina en ella; y por las tardes en su lengua nativa: en una y otra se la enseñó con singular desvelo, y también varios tratadillos espirituales, que tradujo en la misma lengua, y escuela que tenía, adonde aprendían a leer, escribir y solfa los más capaces, niños y mancebos...”. Fuera de que les componía comedias de la vida de los santos y Autos Sacramentales para que los indios los representasen, y les enseñaba a hacer versos en lengua achagua según el metro español (114).

Mas, retornando al Orinoco, sería interminable la lista solo de misioneros que a lo largo del gran río, aprenden, usan y escriben diversos dialectos indígenas (115).

Curiosidades.

Fuera de muchas otras, no dejan de ser referidas por los jesuitas que escriben desde esos puestos de avanzada. Mencionan —y describen con gracia inimitable— los micos, por ejem-

(111) J. Rivero, *o.c.*, pág. 54.

(112) Citada por J. del Rey, *Documentos jesuíticos*, t. I, pág. 152.

(113) *Ibid.*, pág. 198.

(114) *Ibid.*

(115) Véase José del Rey Fajardo, *Aportes jesuíticos a la Filología Colonial venezolana*, Caracas, UCAB, I-II (1971).

plo, y los monos de tantas variedades que en “los montes de América abundan en demasía”. Los de Macaguane y del Airico solo “podrían proveer de monos a muchos reinos y provincias —cuenta Rivero (116)—. Tantos son los que se ven por los árboles travesando y saltando por su natural viveza e inquietud que se embarazan las flechas en la muchedumbre, y la vista también, con sus figuras y mudanzas. Cázanlos a montones los indios, quienes, por no tener sal para beneficiarlos, se valen del fuego, donde los secan y ahuman; y cierto que causa horror ver un animal como este después que ha pasado por el fuego, porque como tiene tanta semejanza con una criatura humana, así en el rostro y manos como en lo demás de su figura, parecen después de ahumados un montón de muchachos asados y negros como un carbón.

...“El mono es uno de los animales más duros y tardíos en morir; suele recibir un tiro o dos de escopeta con munición o bala, y quedarse muy sereno, sin moverse de su sitio, mirando a los cazadores...”.

También hay otro mono más grande, “tan parecido en todo a una criatura racional, que visto de lejos apenas se puede distinguir si es bruto o algún indio de los que salen a cazar. Tiene tanta semejanza con el hombre, que la cabeza, pies y manos, y el modo de caminar, pone en confusión a muchos sobre la naturaleza de la especie... , porque como lo ven por una parte que tiene figura humana, y por otra que guarda tanto silencio, se quiebran las cabezas y disputan por averiguar la razón y el por qué de tan continuado callar...” (117).

El capitán español —don Domingo Zorrilla— ve una vez a poca distancia una de tales bestias, y la describe como que tiene “apariencias de hombre de estatura mediana... , caminando en dos pies, postura recta... , semejante a un hombre corpulento, cabeza grande, brazos como racional y todo él poblado de vn mismo crezido bello...” (118).

(116) *o.c.*, págs. 10-11.

(117) *Ibid.*, pág. 15.

(118) *Ibid.*, pág. 16; Gumilla, *Escritos varios*, pág. 214.

Interminable sería mencionar siquiera los árboles, frutos, piedras y animales que les llaman la atención por su belleza exótica y maravillosa, los papagayos y loros, por ejemplo, que no solo crían “para su diversión y recreo, sino también por el interés de las plumas con que adornan sus Llautos” [o ‘delantales con los cuales se cubren’] (119), y mil otras variedades de todas clases en aire, tierra y agua (120).

Pero la historia de las misiones jesuíticas del siglo XVII a orillas del Orinoco no terminan aquí. Otros campos están cultivando en los Llanos y en el Amazonas. Suspendamos por ahora, reflexionando cuánto debemos —cuánto debe nuestra América— a estos abnegados misioneros, cuyo testimonio en la promoción de la fe rubrican de ordinario con su propia sangre, a la mayor gloria de Dios.

(119) Rivero, S. J., *o.c.*, pág. 9.

(120) *Ibid.*, págs. 3-16.